

más que un solo cuadro; el retrato de Valentina Fontanet, cuando tenía veinticinco años y se hallaba en todo el esplendor de su belleza.

—He sido yo el que ha dirigido todo lo referente al arreglo de esta habitación que es la vuestra, padre mio,—dijo Jorge,—y es la única que hasta ahora permaneció desocupada.

Y empañándole las lágrimas los ojos, y delante de ese retrato que le recordaba la conmovedora escena á la que hacía poco asistiera, arrojóse al cuello de su padre y abrazando á éste permaneció así largo rato.

Sorprendióse el Almirante, y conmovido hasta el fondo de su alma, comprendió lo que sucedía en el ánimo de su hijo.

Este le pedía así perdón de tantos años de frialdad y duda.

## XVII

Al ocupar su asiento en el tren hallábase Rosa Godin sumida en una tristeza dolorosa y bajo el peso de una humillación y descorazonamiento muy grandes, y su orgullo rebelóse al acordarse de la escena que acababa de presenciar.

El doctor Montel había estado con su co-

nocimiento del corazón humano, muy acertado al decir que la tentación del lujo no es buena para una joven pobre.

En el vagón en que Rosa tomó asiento hacían el viaje una porción de labradores que se dirigían á las poblaciones inmediatas, chalanos y tratantes en ganado de toda casta, soldados que iban á incorporarse á sus cuerpos después de pasar con licencia algunos días en sus casas durante la recolección, ó criados que iban en busca de colocación á París, á ese abismo en el que todo cabe, se arremolina y pierde.

No tardó mucho rato en convertirse en el punto de mira de una media docena de boyeros, soldados y palafreneros, que viajaban juntos y que empezaron á dirigirla halagüeños cumplimientos, algunos de los que pasaban de excesiva crudeza.

No hizo caso de ellos, y volviéndoles la espalda se puso á mirar por la ventanilla; preocupábanla demasiado en aquel momento sus quebraderos de cabeza, ¿qué la importaban los insolentes requiebros de unos desconocidos?

El verdadero aldeano es generalmente respetuoso con las mujeres y no suele traspasar los límites de una galantería decorosa y de ordinario agradable á la persona que es objeto de ella, pero no sucede lo mismo al lacayo corrompido en las antecámaras ó en las cocheras de los hoteles parisienses, y por desgracia, para Rosa, dos de estos ocupaban asientos inmediatos.

En la banqueta más cercana hallábase un descolorido galopin, sentado al lado de un hombrón grueso y de anchos hombros, de rostro rubicundo y patillas cuadradas á la inglesa, y vestido con un terno rojizo por el que era fácil reconocer á un cochero, y su compañero debía ser indudablemente un mozo de cuadra ó lacayo. En el rostro descolorido de este último, adornado con una nariz remangada y el pelo caído sobre la frente, todos los vicios crapulosos habían dejado sus huellas. Cubría su cabeza un sombrero redondo de ala tan estrecha, que parecía no tenía ninguna, y sus piernas, delgadas como un huso, un pantalón de color de tierra tan estrecho, que con ser ellas delgadas, debíale costar mucho trabajo el ponérselo, completando su traje un chaleco de pana á rayas negras y encarnadas y una americana de paño del mismo color de sus botones.

Al principio no hizo Rosa caso alguno de su conversación.

—Decíale el cochero al lacayo:

—Según dicen, las cosas no andan muy bien en casa del Marqués; he oído asegurar que la bolsa está vacía.

—Por mi parte no puedo quejarme, porque aún no lo noté; lo que te aseguro es que se lleva muy buena vida; los tenderos fían.

—¿Y el salario?

—¡Oh! Ese, algo retrasado; el primero del que viene me deberá seis meses, pero en cambio paso el tiempo divertido.

—Haz de modo que pueda entrar en esa casa, amigo Minard. No te apures por el salario, porque las personas de esa clase siempre encuentran plebeyos enriquecidos que se dejan desplumar á gusto. Lo mismo hizo su primo el duque de Rouévres; era hombre al agua, y una heredera riquísima le salvó. Aprovecha la primera ocasión que tengas para hablar de mí.

—No tengo ningún inconveniente, pero dudo de que se presente.

—¿No serviría de nada el que tu me recomendases?

—Sí; mas ¿qué quieres? El Marqués está entusiasmado con su inglés, con *master John*, que es una bestia, pero que hay que hacerle justicia; en el pescante y con las riendas en la mano hay pocos que le igualen, y el Marqués, aunque se arruine, le conservará por vanidad hasta el último momento.

—Quisiera entrar de todos modos,—contestó el cochero insistiendo,—porque cuando una casa como esa se deshace, no siempre sale uno con las manos vacías; los deshechos valen á veces buenos francos.

—Ten paciencia y ya veremos lo que se puede hacer en tu obsequio. Sabes que estoy siempre á tu disposición, porque no puedo olvidar que hemos tomado juntos muchas copas y que somos antiguos compañeros.

—Cuento con tu promesa.

Terminada esta parte de su conversación, los dos compinches dejaron de ocuparse de sus asuntos y á fijarse en su vecina.

Minard era, á la cuenta, un ferviente admirador del bello sexo, y durante diez minutos manifestó su entusiasmo valiéndose de los términos más encomiásticos.

—¡Dios de Dios! ¡Vaya una mujer bonita!—dijo al cochero dándole un codazo para llamarle la atención.—¡De qué buena gana entonaba un dúo con ella! ¡Diantre! ¡No sería polvareda la que levantase si se presentase en el boulevard! ¡Peste! ¡Lo que es el peluquero bien poco debe haberle cobrado por su pelo! ¡Ahí sí que no puede presentar la cuenta!

—¡Buena mujer! ¡Vale un imperio!

—¡Y qué ojos! ¡Son tan grandes como claraboyas!

—¡Y qué fachada! ¡Ahí sí que no hay estuco!

—¡Esa mujer al menos no parece un espárrago tieso como algunas que van tan encorsetadas dándose tono!

—¡Qué lástima que no tenga tren, y te juró que si fuese banquero habría de ponérselo!

Y no fue esto solo, sino que á estas exclamaciones añadieron otras de un género tan naturalista, que no es posible reproducirlas.

—Anda, atrévete con ella y á á ver si os hacéis amigos.

—¡No hay cuidado! Estoy seguro de que se daría tanto tono como una Duquesa.

Rosa estaba avergonzada y se mordía los labios, y en vano buscó alguien que la pro-

tegiese, porque no oyó más que risas ahogadas.

Los demás viajeros que iban en el vagón eran quizás muy honrados; pero aquellos dos galopines bastaban para imponerse á los demás; esto sucede en el mundo con mucha frecuencia.

En la estación de Lisieux subió al tren un muchacho de unos diez y seis á diez y siete años, muy robusto, con un lío de ropa en una mano y en la otra una vara de acebo de cuatro pies de larga, y que, á la cuenta, salía por primera vez de su aldea. Este nuevo viajero se colocó en el banco inmediato á Rosa. Llevaba una blusa flamante, nueva, muy ancha y larga, de color azul obscuro con mucho lustre, y grandes adornos bordados en los hombros. No era esto, sin embargo, lo que más llamaba la atención en él, sino su gorra de seda, nueva también, de una altura casi incomensurable, derecha como un cilindro y adornada en la costura del costado con botoncitos blancos. Tenía tanta elevación, que los tres puentes del bailio de Sufren comparado con ella no valían nada.

—Normando de fijo,—dijo Minard á su compañero y disponiéndose á entablar conversación con el recién llegado, al que preguntó:

—¿Vais á París?

—Creo que lo estáis viendo, puesto que el tren va allá,—contestó el lugareño.

—¿En qué pensáis ocuparos?

—Aunque no creo que os interese gran

cosa el saberlo, no tengo ningún inconveniente en decirlo, si os puede ser agradable. Voy á entrar en una carnicería.

—¡Buen oficio!

—Bastante bueno, algo mejor que el de vaquero. En el mercado se vende muy barato el ganado y muy caro en las carnicerías, así que es mejor ser carnicero. ¡Vaya! ¡Buenas noches, que me estoy cayendo de sueño!

Dirigió una mirada á Rosa y el aspecto de ésta inspiróle mucha confianza.

—¿Váis también á Paris, señorita?—la preguntó.

—Sí.

—Si tuvieseis la amabilidad de despertarme en cuanto llegásemos, no sabéis lo que os lo agradecería.

—Lo haré con mucho gusto.

—¡Qué! ¿Pensáis dormir durante todo el viaje?—dijole Minard.

—¿Qué es lo que decís?

—Que si pensáis hacer el viaje durmiendo.

—Si no hay ningún inconveniente en ello, sí, porque tengo mucho sueño.

—¿Roncáis?

—No lo sé, porque no me oigo.

Tendióse encima del asiento con la misma tranquilidad que si estuviese en su casa, apoyando la cabeza en un rincón en el atillo á manera de almohada, y sin preocuparse ni por sus vecinos ni por la dureza de la madera y se preparó á hacer lo que había dicho.

—¡Buen tipo!—dijo Minard.

—¡Y qué blusa!

—Lo que es con esa no se necesita camisa de dormir.

—¡Y qué gorra!

—Con seguridad que hará sensación en la Villete.

El vaquero no les hizo caso, y al ponerse en marcha el tren habiase quedado dormido con esa indiferencia propia de la juventud, que no se preocupa por nada. Mientras tanto continuaban las bromas, que cesaban de vez en cuando para seguir luego con más fuerza, y los groseros requiebros del lacayo y del cochero llegaban directamente, aunque á la sordina, á los oídos de Rosa, que antes había tenido que acostumbrarse á oír otros, ¿por qué esas impertinencias no la habían molestado nunca tanto como en aquellos momentos?

Aquel viaje fue para ella un verdadero suplicio. De vez en cuando los dos compinches cesaban en sus soeces dicharachos para continuar su conversación respecto á los amos, de los que no pronunciaban nunca los nombres. Decíale Minard á su compañero que en casa del Marqués, y no le decía de Breynes, desde que se abrían las puertas hasta que se cerraban, presentábase ante ellas una porción de alguaciles, y que en la casa había tanto papel sellado que con él se podía formar un archivo. En el cuarto del amó se veía encima de todos los muebles que habían estado embargados más de quince veces; pero en el momento en que iban

á venderlos en pública subasta y cuando se ponían los edictos, pagaba sin rechistar y todo quedaba en sus penso.

Según Minard, el Marqués encontraba dinero en el último momento; pero en su concepto, sólo un casamiento podía salvarle de la ruína, y entre los rumores que corrían, uno de ellos era el de que iba á casarse con una joven polaca, por la que se había arruinado y que poseía un hotel en lo alto del boulevard Malesherbes, cerca de la plaza, y además grandes rentas. Este proyecto no se llevó á cabo, y nos aseguraban que por culpa del Marqués y otros porque la joven no quiso unirse á éste, y no era posible saber la verdad, porque el amo no era de esas personas que se espantean fácilmente con nadie.

El normando siguió durmiendo tranquilamente hasta llegar á Mantes, en donde el tren se detuvo de pronto, lo que produjo un pequeño y ruidoso choque de los topes de unos vagones con otros.

—¿En dónde estamos?—dijo dirigiéndose á Rosa y levantando la cabeza.

—En Mantes,—respondió la joven con mucha dulzura,—dormid, ya que sois tan dichoso que podéis hacerlo.

A las doce entró el tren en la estación de Paris. Rosa despertó á su vecino, que se estiró y bostezó, cogió su atillo y su vara, calóse la gorra y de un salto echóse al andén. Sigióle Rosa deseando escapar á sus perseguidores. Estos no quisieron pasar por

ello y empezaron á seguirla pegándose á sus talones, y mientras tanto que los viajeros se desparramaban por todas partes, atravesaron la estación sin perder de vista la que consideraban su presa, y al llegar á las aceras de la calle de Amsterdam la salieron al encuentro plantándose descaradamente ante ella.

—¡Dejadme, señores!—díjoles Rosa un tanto asustada al ver su conducta.

—¿Qué significa esto?

—¿Váis á hacer os la señorita?

A un lado de la calle hallábase sola Rosa con sus perseguidores, y por la otra acera seguía su camino el joven lugareño del vagón en dirección paralela á la de su compañera de viaje, deteniéndose á cada momento y mirando á todas partes de la misma manera que si esperase á alguien.

Minard sacó un Luis de oro del bolsillo y se lo puso delante de un ojo.

—¿Te gusta esto, rubia? ¡Es el último, aprovéchate de la ocasión!—dijo.

La paciencia tiene límites, é irritada, exasperada, hizo un movimiento como si quisiesen escupirle á la cara.

—¡Cobarde!—exclamó.—¡Con una mujer sola!

Al oír esto el normando de la gorra sacudió su somnolencia, pues por su manera de andar parecía que continuaba el sueño del tren. Volvióse hacia Rosa y sólo comprendió que los dos granujas trataban de insultar á su vecina, y en dos saltos cruzó el arroyo

blandiendo su vara, arma terrible en sus manos, y cayó con impetuoso arrojo sobre los agresores.

—¡Esperad un poco, que voy á libraros de ellos!— gritó.

No tuvo tiempo de hacerlo, porque intervino un tercero, y con dos vigorosos puñetazos echó á rodar á los cínicos compinches, que se levantaron del suelo renegando y murmurando amenazas entre dientes.

—¡Nos veremos!— fue todo lo que dijo Minard estregándose el hombro.

—Que os vuelva á ver otra vez,—respondió el recién llegado,—y os aseguro que os doy una paliza que no os quedarán huesos para recibir otra.

Era el defensor de Rosa un joven de elevada estatura, americana gruesa y corta con botones de madera, sombrero hongo sin forma, bajo el que había un bosque de cabellos castaños muy rizados y lustrosos.

—Apoyáos en mi brazo, señorita Rosa,—dijo.

—¡Ladurin!

Era este, en efecto, el carnicero del Mercado, su vecino de la casa de la calle de Mondetour.

—Veo que llegué á tiempo para evitaros un disgusto,—dijo,—y os aseguro que si alguno de esos miserables os hubiese tocado habríalo pasado muy mal.

—¿A mí no me dices nada, Vicente?—preguntó el lugareño de la vara de acebo.

—¡Ah! ¿Estás ahí querido Renato? Te ha-

bía olvidado con estas cosas á que no está uno muy acostumbrado. Dame un abrazo y bienvenido seas.

—Aquí tenéis, señorita Rosa, á mi hermano Renato Ladurin, al que venía á recibir cuando tuve la suerte de encontrarme en vuestro camino en el momento en que más lo necesitabais. Vámonos juntos á casa.

—Os lo agradezco pienso tomar el ómnibus.

—¿Para qué? Hace una noche preciosa y así os ahorraréis unos cuantos céntimos.

Y con acento suplicante, que conmovió á Rosa por emplearlo ese Hércules que tan cariñoso se mostraba con ella, añadió:

—No es por los seis sueldos que podáis gastar, sino para que no me neguéis vuestra compañía, ¡me gusta tanto estar á vuestro lado!

—Entonces, vamos.

—Oye, tú, carga con el hatillo de esta joven,—dijo Ladurin á su hermano dándole el pañuelo en que Rosa llevaba su ropa.

—Poco trabajo cuesta el hacerlo,—contestó Renato.

—En marcha. Parece, señorita Rosa, que el muchacho no se portó mal.

—¡Bah! A no llegar tú les hubiera hecho correr más que á una vaca cerril,—respondió el normando.

Atravesaron las calles iluminadas con las numerosas luces del París nocturno, apoyando Rosa su brazo en el del honrado carnicero.

—Apoyáos con fuerza,—dijo éste,—y no tengáis cuidado, porque soy muy sólido.

De vez en cuando y con la mano que le quedaba libre acariciaba la de la joven; mas hacía lo con tanta timidez, que Rosa no pudo por menos de sonreír.

—¡Os prometo que toda mi vida me acordaré del paseo de la noche de hoy,—dijo,—y si alguna vez encontráis á uno de esos mequetrefes que os insulten, llamadme y os prometo, señorita, que los aplastaré como si fuesen babosas.

Mostróse muy satisfecho de su hermano.

—¡Bah! Es un novato, pero en el Mercado le quitaremos el pelo de la dehesa, por que ahora sale de los pastos.

A Renato le alentó el ejemplo de su hermano.

—Si no hubieses llegado á tiempo te aseguro que se acuerdan toda su vida de mi vara.

—¿A qué pensáis dedicarle?—preguntó Rosa dirigiéndose á Ladurin.

—Quiero que aprenda el mismo oficio que yo, que sea carnicero, que lo aprenda pronto, y cuando me establezca me servirá de criado durante algún tiempo. Es un buen muchacho; sus padres son unos honrados colonos allá abajo, ahorradores como unas hormigas y viven hacia Beuvron, ya sabéis donde está, en el valle, un país de bendición, en donde se encuentra la mejor hierba del distrito.

—Y las mejores vacas,—dijo Renato.

—Le aconsejé siempre á éste que se quedara allá abajo,—seguía diciendo Vicente Ladurin,—y que se encargase de la granja después de los viejos, pero ya lo véis, las ideas del día hicieron que no me escuchase; todo el mundo se deja arrastrar por ella, no hay quien se conforme sin venir á tomar el pulso á Paris, en donde se encuentran multitud de mujeres que solo se os parecen... de lejos.

Seguiales Renato con la cabeza baja y callado á pesar de sus grandes deseos de saber por donde pasaban y contemplándolo todo con los ojos tan abiertos como dos grandes puertas. Vicente escogió el camino más largo. Estaba muy contento, y al mismo tiempo muy orgulloso al sentir sobre su brazo la presión del de la *Rosa del Mercado*, y hubiera dado cualquier cosa porque fuese de día y todo el mundo pudiese admirarle. Aparte de ese orgullo amaba á Rosa Godin con una de esas ternuras tan humildes como admirables, que hacen que el que las siente desee con más vehemencia la felicidad del ser amado que la suya propia. Siguieron su camino por los boulevares llenos aún de gente que aprovechaba la frescura de la noche para dar un paseo.

—Desde aquí tomaremos por la calle de Montmartre,—dijo Vicente,—y así llegaremos antes á nuestra casa.

Esta decisión de Vicente era muy semejante á la de uno que teniendo que ir desde Paris á Marsella hubiese dado un rodeo por

Strasburgo como si quisiera que el viaje durase muchos días.

Al llegar á la esquina de la calle de Fouquet, paróse el carnicero y enseñó á Rosa una tienda cerrada con una verja formada por hierros dorados en forma de lanza. En el centro de la verja y en medio de un escudo destacábase una cabeza de carnero con los cuernos dorados.

—Si quisiereis, señorita Rosa,—dijo el carnicero con acento conmovedor,—podríamos instalarnos ahí. El amo es muy amigo mío, me quiere mucho; y como hizo muy buenos cuartos, tiene renta y piensa retirarse, por lo que me ofrece el establecimiento en muy buenas condiciones y hasta dinero.

—Ya veremos, reflexionaré,—balbuceó la joven no atreviéndose á desilusionar á Vicente Ladurin, ó tal vez porque estaba indecisa, pues el carnicero era hombre de muy buenos sentimientos bajo una corteza que se podía desbastar con facilidad.

¿Quién es capaz, además, de saber cuales son las ideas que se agitan en una cabeza entre cuyas inquietudes no es la menor la de pensar en el mañana?

—No quiero abandonar á mi madre.

—Todo se puede arreglar, no la habia de faltar un lugar en mi casa. ¡A propósito! ¿Sabéis que está muy delicada?

—¿Sí?

—Sí, hoy no fue al Mercado, siendo Hipólito y Anita los que hicieron la venta, ¡qué chiquilla más lista es esa!

—¿Y no me deciais nada de mi madre?

—Las malas noticias se saben pronto, y después de todo, tal vez no sea de gravedad.

Obligóle Rosa á que alargasen el paso, y al poco rato llegaron á su casa. Cerca de esta y en la acera encontraron á una que estaba esperando á alguien, y que al ver al carnicero se retiró.

—¡Meraud!—exclamó Ladurin haciendo un gesto de cólera;—¿de dónde saldrá?

Al llegar al corredor del quinto piso se separaron.

—Aquí estáis en vuestra casa, señorita Rosa,—dijo el carnicero.—Buenas noches.

Antes de separarse de sus acompañantes dióles la mano. Estrechóla Renato con torpeza y tan fuerte que la lastimó, y Vicente, con una galantería propia de un gran señor, acarició la otra y se la llevó á sus labios.

Sonrióse Rosa.

—Buenas noches, y gracias,—dijo.

Por aquella sonrisa habríase dejado cortar el brazo el carnicero si se lo hubieran pedido. Esperó á que se cerrase la puerta del cuarto de Rosa para subir al otro piso, que era una bohardilla bastante espaciosa, amueblada con una gran cama de hierro, dos sillas, una mesa, una cómoda y dos inmensos barreños llenos de agua.

—Aquí vas á dormir como un rey,—dijo á Renato,—y desde mañana tendrás lo mismo que yo en la de al lado, de modo que sólo nos separará un tabique, así te podré despertar por la mañana; échate á dormir.

El lugareño no deseaba otra cosa á pesar de lo que había descabezado el sueño en el camino, y á los pocos segundos roncaba con el ruido de un órgano. Acercóse Vicente á la claraboya que servía de ventana, y sacó el cuerpo sobre el tejado inclinándose mucho á riesgo de estrellarse, y vió en el patio de la casa y en las ventanas de Rosa una silueta que se dibujaba entre los visillos.

Permaneció cinco minutos en su observatorio y no se movió de allí hasta que se apagó la luz de la ventana.

En aquellos momentos no habría cambiado su cuchitril por un hotel en Passy ó en el parque de Moncau.

Allí no habría estado tan cerca de Rosa.

La habitación de Teresa Godin y de su hija se reducía á un corredor no muy ancho que iba á parar á dos cuartos bastante espaciosos que comunicaban el uno con el otro, y en el primero y más grande existía una alcoba cerrada con puertas vidrieras, en la que dormían madre é hija, y en la que por la noche y en un rincón ponían un catre para Anita.

El único lujo consistía en una gran jofaina de loza y un inmenso jarro de igual materia y color colocados sobre una mesita forrada de hule, y encima, en la pared, su espejito en el que podía mirarse desde la barba hasta el nacimiento del pelo.

En el mismo instante en que Rosa entraba en el cuarto de su madre, dió la una de la madrugada el reloj de Saint-Merry. A pe-

sar de lo avanzado de la hora, Teresa no dormía. Estaba realmente enferma, haciendo mucho tiempo que, aunque joven aún, experimentaba un malestar que la abatía de una manera extraordinaria, imposibilitándola para toda clase de trabajo.

Los Médicos decían que estaba anémica, que es lo que suelen decir cuando comprenden que no pueden curar; lo que por desgracia sucédeles con mucha frecuencia.

En ese día habíase agravado la enfermedad que la impidió salir de su casa, y conforme á lo que dijera Ladurin, fue Anita con sus doce años é Hipólito, el mozo de cordel, los que habían bajado al Mercado para hacer la venta. El carnicero se acercó dos ó tres veces por la mañana, para ver cómo la chiquilla salía adelante con su empeño, y la vendedora más inmediata, la madre Brejon, le dió una mano para ayudarles, sobre todo á primera hora, en la subasta del pescado, de modo que las cosas no habían marchado del todo mal.

Hallábase Teresa en cama abrigada con una colcha muy ligera, porque el calor acumulado bajo los tejados sentíase allí lo mismo que si estuviesen en el centro de un invernadero. Pasó Rosa los brazos alrededor del cuello de ésta y permaneció mucho tiempo en esa postura besándola y acariciándola cariñosamente.

—¿Sufres mucho?—la preguntó.

—No será nada, ya pasará.

—¿Vino el Médico?